



UN ESPEJO LEJANO

EL CALAMITOSO
SIGLO XIV

Barbara W. Tuchman

Ariel

HISTORIA

**UN
ESPEJO
LEJANO**
EL CALAMITOSO
SIGLO XIV

Barbara W. Tuchman

Traducción de
José Antonio Gutiérrez-Larraya Planas

Ariel
HISTORIA

Título original inglés:
A Distant Mirror: The Calamitous 14th Century
(Nueva York: Alfred A. Knopf, 1978)

1.^a edición: mayo de 2014

© Barbara W. Tuchman, 1978
© de los mapas: Anita Karl, 1978

© de la traducción: José Antonio Gutiérrez-Larraya Planas, 2000

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 1989, 2010 y 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-344-1781-6

Depósito legal: B. 7.832 - 2014
Impresión y encuadernación en España por
Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

CONTENIDO

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>El período, el protagonista, los riesgos</i>	13

PRIMERA PARTE

1. «Soy el señor de Coucy»: la dinastía	23
2. Nacido para el dolor: El siglo	42
3. Juventud y caballería	66
4. Guerra	86
5. «Es el fin del mundo»: La Peste Negra	107
6. La batalla de Poitiers	139
7. Francia decapitada: La sublevación burguesa y la jacquerie	167
8. Rehén en Inglaterra	195
9. Enguerrand e Isabella	213
10. Hijos de la iniquidad	230
11. La mortaja dorada	240
12. Lealtad doble	253
13. La guerra de Coucy	274
14. La inquietud inglesa	288
15. El emperador en París	308
16. El cisma pontificio	321

SEGUNDA PARTE

17. El ascenso de Coucy	341
18. Los gusanos de la tierra contra los leones	361
19. El señuelo de Italia	391
20. Una segunda conquista normanda	407
21. La ficción se resquebraja	427
22. El sitio de Berbería	446
23. En un bosque oscuro	465
24. Danza macabra	479

25. Ocasión perdida	500
26. Nicópolis	520
27. Cúbranse los cielos de luto	544
<i>Epílogo</i>	561

«SOY EL SEÑOR DE COUCY»: LA DINASTÍA

Formidable y vasto en una altura de Picardía, el castillo de Coucy, con sus cinco torres, dominaba el acceso a París desde el norte, no se sabe si como protector o como retador de la monarquía establecida en la capital. Arrancado del centro de la fortaleza, un gigantesco cilindro se alzaba a una altura que doblaba la de las cuatro torres de las esquinas. Era el *donjon*, o ciudadela medianera, la más grande de Europa, la más poderosa de su género edificada durante la Edad Media o posteriormente. De veintisiete metros de diámetro y cincuenta y cuatro de alto, capaz de albergar a un millar de hombres durante un asedio, empequeñecía y protegía el castillo, los tejados arracimados de la población, el campanario de la iglesia y los treinta torreones de la muralla maciza que ceñía el conjunto en la colina. Los viajeros, llegados desde cualquier dirección, divisaban aquel coloso desde varios kilómetros de distancia y, al aproximarse a él, sentían el espanto de los que, en tierra de infieles, veían las pirámides por vez primera.

Ebrios de magnificencia, los constructores habían proyectado el interior del *donjon* a escala sobrehumana: las contrahuellas de los peldaños medían entre treinta y seis y treinta y nueve centímetros, y los asientos de los ventanales distaban un metro y pico del suelo, como si hubiera de utilizarlos una estirpe de titanes. Los pétreos dinteles, con su volumen de dos metros cúbicos, no eran menos heroicos. Durante más de cuatrocientos años el linaje retratado en aquellas proporciones había exhibido la misma cualidad de exceso. Ambiciosos, peligrosos, a menudo feroces, los Coucys habían arraigado en un promontorio que la naturaleza formó para dominar. La cima de su colina señoreaba el paso del valle del Ailette al más dilatado del Oise. En ella habían desafiado a reyes, robado a la Iglesia, partido para las cruzadas y muerto en ellas; habían sido condenados y excomulgados por sus crímenes, ensanchado poco a poco sus posesiones, contraído enlaces matrimoniales con la realeza y fomentado un orgullo que se expresaba en su grito de guerra: *Coucy à la merveille!* Teniendo una de las cuatro grandes baronías de Francia, desdeñaron los títulos territoriales y adoptaron un lema de sencilla arrogancia:

*Roi ne suis,
Ne prince ne duc ne comte aussi;
Je suis le sire de Coucy.*

(No soy rey,
ni príncipe, duque o conde;
soy el señor de Coucy.)

El castillo, iniciado en 1223, era fruto del mismo estallido arquitectónico que había elevado las grandes catedrales, impulso surgido en el septentrión francés. Cuatro de las más importantes se construían al mismo tiempo que la fortaleza en Laon, Reims, Amiens y Beauvais, en un radio de ochenta kilómetros de Coucy. En todas partes la erección completa de una catedral exigía entre cincuenta y ciento cincuenta años; en cambio, las vastas obras de Coucy, incluidos el *donjon*, torres, baluartes y red subterránea, se completaron en el asombroso plazo de un septenio bajo el férreo tesón de Enguerrand III de Coucy.

El recinto del castillo encerraba una superficie de más de ochenta áreas. Las cuatro torres de las esquinas, cada una de veintisiete metros de alto y diecinueve y medio de diámetro, y sus tres lados exteriores se edificaron perpendicularmente al borde de la colina, constituyendo los flancos. La única entrada era una puerta fortificada en la parte interior, cercana al *donjon*; la protegían torres de guardia, foso y rastrillo. Daba al patio de armas, espacio vallado de unas doscientas cuarenta y tres áreas, con las caballerizas y otros edificios auxiliares, campo de justas y pasto para las monturas de los caballeros. Más allá, donde la colina se ensanchaba como la cola de un pez, estaba el pueblo, de tal vez cien casas, y la iglesia de campanario cuadrado. Tres puertas fortificadas, en la muralla externa que rodeaba la cumbre, dominaban el acceso al resto del mundo. Por el sur, hacia Soissons, la eminencia descendía en una ladera pina, fácilmente defendible; por el norte, en dirección de Laon, donde la colina se fundía con la meseta, un gran foso establecía una nueva defensa.

Dentro de muros de cinco metros y medio a nueve de grueso, una escalera en espiral enlazaba las tres plantas del *donjon*. Un agujero abierto, u «ojo», en la techumbre, repetido en el techo abovedado de cada piso, introducía algo más de luz y aire en la penumbra, y permitía que las armas y provisiones fueran izadas de una planta a otra sin tener que ascender por la escalera. El mismo hueco permitía que se dieran órdenes a voces a toda la guarnición simultáneamente. Entre mil doscientos y mil quinientos soldados podían congregarse a oír lo que se decía desde el piso intermedio. El *donjon* tenía cocinas, dijo un contemporáneo atónito, «dignas de Nerón», y un vivero de peces, alimentado por el agua de lluvia, en el coronamiento, más un pozo, hornos de panadero, bodegas, almacenes, enormes lares con chimenea en cada piso, y letrinas. Pasadizos subterráneos abovedados conducían a todas las partes de la ciudadela, al patio y a salidas secretas por las que la guarnición asediada podía aprovisionarse. Desde lo alto del *donjon* el observador veía toda la comarca hasta el bosque de Compiègne, a cuarenta y ocho kilómetros

de distancia, lo que ponía a Coucy al abrigo de cualquier ataque por sorpresa. En diseño y en ejecución la fortaleza era la que más se acercaba a la perfección de las estructuras militares de la Europa medieval, y la más audaz en tamaño.

Un solo concepto regía la construcción de un castillo: hacer de él no una residencia, sino un medio de defensa. En este sentido, era tan emblemático de la vida medieval como la cruz. En el *Roman de la Rose*, vasto compendio alegórico-didáctico, el castillo que encierra a la Rosa es la estructura central: que debía ser sitiado y conquistado con el fin de llegar a la meta del deseo erótico. En la vida real, su disposición atestiguaba la violencia, la posibilidad de un ataque, que esculpió la historia de la Edad Media. Su predecesora, la villa romana, había carecido de fortificaciones, pues la defendían la ley y las legiones romanas. Tras el colapso del Imperio, la sociedad era una cohorte de intereses inconexos y encontrados, que no estaban sujetos a una autoridad secular central o efectiva. Sólo la Iglesia ofreció un principio organizador, lo que justifica su éxito, porque el ente social no soporta la anarquía.

Saliendo de la turbulencia, la autoridad secular empezó a conformarse despacio en la monarquía, pero así que su poder se hizo efectivo chocó con la Iglesia, de un lado, y con los barones, de otro. Al propio tiempo, los burgueses comenzaron a desarrollar en las ciudades un orden propio y a vender su apoyo a nobles, obispos o reyes, a cambio de privilegios de libertades como «comunidades» libres. Por proporcionar la independencia para el desarrollo del comercio, los privilegios o cartas señalaron el ascenso del tercer estado urbano. El equilibrio político entre los grupos competidores resultaba inestable, pues el soberano no tenía tropas permanentes a su mando. Tenía que descansar en la obligación feudal de sus vasallos de cumplir servicios militares por tiempo limitado, que más tarde se suplieron por los pagados. Se seguía aún el deber personal, que se derivaba del feudo de posesión y del juramento de homenaje. El vínculo subyacente a la estructura política se basaba en el vasallaje, no en la ciudadanía. El Estado sufría todavía los dolores del parto.

Por méritos de su situación en el centro de Picardía, el dominio de Coucy era, como la corona reconocía, «una de las llaves del reino». Picardía, que casi limitaba con Flandes por el norte y el canal de la Mancha y los confines de Normandía por el oeste, aparecía como el lugar de tránsito más importante de la Francia septentrional. Sus ríos fluían hacia el mediodía, hasta el Sena, y hacia el oeste, hasta el canal. Su suelo fértil la convertía en la primera región agrícola francesa, con pastos, sembrados, islotes de bosques y un número cómodo de poblaciones. Las talas y desmontes, actos iniciales de la civilización, habían principiado con los romanos. Al comenzar el siglo XIV, Picardía constaba alrededor de doscientos cincuenta mil hogares, o sea, una

población algo superior al millón de almas, lo que hizo de ella la única provincia de Francia, aparte Toulouse en el sur, más habitada en el período medieval que en el moderno. Sus gentes eran de talante enérgico e independiente, y sus ciudades, las primeras en lograr privilegios y cartas de libertad.

En el penumbroso ámbito de la leyenda y la historia, el dominio de Coucy fue en su origen feudo de la Iglesia, concedido, se decía, a san Remigio, protoobispo de Reims, por Clodoveo, primer rey cristiano de los francos, allá por el año 500. Convertido por san Remigio, el monarca cedió el mencionado territorio a la diócesis de Reims, cimentando la Iglesia en las cosas del César, como había hecho el emperador Constantino con la de Roma. La donación constantiniana, si estableció oficialmente el cristianismo, le comprometió asimismo de manera fatal. Como William Langdon escribió,

*Cuando el benevolente Constantino donó a la Santa Iglesia
heredades y arriendos, señoríos y siervos,
los romanos oyeron llorar a un ángel en las alturas:
«En este día dos ecclesiae han bebido veneno
y cuantos tengan el poder de Pedro están emponzoñados para siempre».*

El conflicto entre la aspiración a lo divino y el señuelo de las cosas terrenales sería el problema neurálgico de la Edad Media. La aspiración de la Iglesia a la jefatura espiritual nunca sería admitida por todos los fieles, puesto que se basaba en la riqueza material. Cuantos más tesoros amasaba tanto más visible y desconcertante resultaba la tacha; jamás desaparecería, sino que continuaría atizando la duda y la disconformidad en todos los siglos.

En los documentos latinos más antiguos, Coucy recibe el nombre de Codiciacum o Codiacum, que tal vez procede de *codex*, *codicis*, vocablo que denota un tronco de árbol sin ramas, como aquellos con que los galos construían sus empalizadas. Durante cuatrocientos años, en el inicio de la Edad Media, no se tiene noticia del lugar. En 910-920 Hervé, arzobispo de Reims, construyó el castillo y la iglesia primitivos en la colina, y los rodeó de un muro para defenderlos de los normandos, que se internaban en el valle del Oise. Los moradores de la aldea que había al pie se refugiaron dentro de los muros obispaes y fundaron la población alta, que se llamaría a la larga Coucy-le-Château en distinción de Coucy-la-Ville, emplazada en el terreno más bajo. En aquellos rudos tiempos el territorio fue motivo constante de contienda entre nobles, arzobispos y reyes, de talante igualmente belicoso. La lucha contra los invasores—musulmanes en el sur y normandos en el norte—había forjado una clase de guerreros endurecidos, que peleaban entre sí con tanto entusiasmo y salvajismo como contra los extranjeros. En 975, Oderic, arzobispo de Reims, cedió el feudo a un tal conde de Eudes, que se convirtió en el primer señor de Coucy. Nada se sabe de él, aparte su nombre, pero, una

vez establecido en la cumbre de la colina, legó a su descendencia una veta de vigor y furia extraordinarios.

El primer acto conocido de la dinastía, más religioso que bélico, consistió en la fundación por Aubry de Coucy, en 1059, de la abadía benedictina de Nogent, al pie de la colina. Tal gesto, que superaba la donación usual a cambio de oraciones perpetuas, se proponía al mismo tiempo mostrar la importancia del donante y adquirir méritos que asegurasen su salvación. Fuese o no escasa la donación inicial, como se quejó el malévolo abad Guibert en el siglo siguiente, la abadía floreció y, apoyada por el caudal de bienes que le entregaron los Coucys posteriores, duró más que el linaje de éstos.

El sucesor de Aubry, Enguerrand I, dio muchos escándalos y le obsesionaron las mujeres, según el abad Guibert (víctima de la sexualidad reprimida, como revelan sus *Confesiones*). Sintiendo pasión por Sybil, esposa de un señor de Lorena, Enguerrand logró, con el auxilio de un complaciente obispo de Laon, primo suyo, divorciarse de su primera mujer, Adèle de Marle, acusándola de adulterio. Casó después con Sybil con la aprobación de la Iglesia, mientras su marido andaba en guerras y a pesar de que la dama estaba encinta de un tercer hombre. Se la acusaba de disoluta.

De esta deplorable situación familiar surgió el «lobo rabioso» (como le llamó otro abad célebre, Suger de Saint-Denis), el más notorio y feroz de los Coucys, Thomas de Marle, hijo de la repudiada Adèle. Odiando al hombre que había puesto en duda su paternidad, Thomas tomó parte en la incesante lucha que había emprendido originalmente contra Enguerrand I, el desdenado esposo de Sybil. Este género de contiendas privadas eran llevadas a cabo por los caballeros con furioso entusiasmo y única estrategia, consistente en apretar al adversario matando o lisiando a cuantos labradores pudiera, y destrozando sus sembrados, viñedos, aperos, graneros y todas las posesiones posibles, manera de disminuir sus rentas. De ello resultaba que los principales perjudicados eran sus respectivos campesinos. El abad Guibert aseguró que, en la «demente guerra» de Enguerrand contra el lorenés se arrancaron los ojos y se cortaron los pies a los prisioneros, con consecuencias aún visibles en la comarca en su época. Las luchas particulares eran la maldición de Europa, que las cruzadas, así se ha pensado, intentaron resolver subconscientemente como invento que diese escape a aquella furia agresiva.

Cuando, en 1095, se convocó a la cristiandad para que tomase la cruz y salvase el Santo Sepulcro en la primera cruzada, Enguerrand I y su hijo Thomas se unieron a ella, llevaron su disensión a Jerusalén y regresaron de Oriente sin que su odio se hubiese apagado. El escudo de armas de los Coucys se debió a una hazaña, cuyo protagonista no se sabe si fue Enguerrand o Thomas. Uno u otro y cinco compañeros fueron sorprendidos por una partida de musulmanes cuando iban sin armadura; desgarró entonces su capa escarlata, adornada con piel de ardilla blanca y azul, en seis pedazos, que se convirtieron en otras tantas banderolas. Así equipados, dieron sobre

los infieles, según cuenta el relato, y los aniquilaron. En conmemoración de la proeza se adoptó un escudo con seis bandas puntiagudas horizontales, rojas sobre blanco o, en términos heráldicos, «barrado de seis, vero y gules».

Thomas heredó de su madre los territorios de Marle y La Fère, y los agregó al dominio de Coucy, que pasó a sus manos en 1116. Se entregó indómito a una carrera de hostilidad y bandidaje, orientada, en combinaciones variables, contra la Iglesia, las ciudades y el rey, con «la ayuda del demonio», según el abad Suger. Arrebató solares a los conventos, torturó prisioneros (cuentan los informes que colgaba a los hombres de los testículos hasta que los arrancaba el peso del cuerpo), degolló personalmente a treinta burgueses rebeldes, transformó sus castillos en «nido de dragones y cueva de bandoleros» y fue excomulgado por la Iglesia, que le desciñó—*in absentia*—el cinturón de caballero y ordenó que se leyese el anatema contra él cada domingo en todos los templos parroquiales de Picardía. El rey Luis VI congregó tropas contra Thomas y logró rescatar las tierras y los castillos arrebatados. Al fin de su vida se comprobó que Thomas no era inmune a la esperanza de salvación ni al miedo al infierno, que proporcionaron a la Iglesia tan ricos legados en el decurso de los siglos. Dejó una generosa manda a la abadía de Nogent, fundó otra en Prémontré y falleció en la cama en 1130. Se había casado tres veces. Para el abad Guibert fue «el hombre más perverso de su generación».

Lo que formó a un hombre como Thomas de Marle no se basó necesariamente en genes agresivos o en odio contra su padre, que se dan en todas las épocas, sino en el hábito de la violencia, que prosperó por falta de una institución que se opusiera a ella con efectividad.

Mientras el poder político se centralizaba, en los siglos XII y XIII, las energías y los talentos de Europa se acumularon en uno de los grandes estallidos del desarrollo de la civilización. Bajo el estímulo del comercio, recibieron impulso el arte, tecnología, edificación, saber, exploración terrestre y marítima, universidades, ciudades, banca y crédito, y, en fin, todas las esferas que enriquecen la vida y amplían sus horizontes. Aquellos doscientos años fueron la Alta Edad Media, período que introdujo la brújula y el reloj mecánico, el torno de hilar y el pedal del telar, los molinos de viento y de agua; período en que Marco Polo fue a China y Tomás de Aquino se entregó a organizar el conocimiento, y en que se fundaron universidades en París, Bolonia, Padua, Nápoles, Oxford, Cambridge, Salamanca, Valladolid, Montpellier y Toulouse; en que Giotto pintó el sentimiento humano, Roger Bacon sondeó la ciencia experimental y Dante trazó su gran diseño del destino humano y escribió en lengua vulgar; período en que la religión se expresó en la suave predicación de san Francisco y en la crueldad de la Inquisición, y en que la cruzada contra los albigenses empapó de sangre y muerte, en nombre de la fe, el sur de Francia, mientras que se remontaban las catedrales arco sobre arco, triunfos de la capacidad de creación, la técnica y la fe.

No las construyeron esclavos. Aunque los siervos existían, la costumbre y la tradición legal habían fijado los derechos y obligaciones de las gentes de su condición, y las obras medievales, a diferencia de las clásicas, se hacían con el esfuerzo de toda la sociedad.

Después de la muerte de Thomas, hubo en Coucy un período de sesenta años de señorío más respetable durante la vida de su hijo y su nieto, Enguerrand II y Raoul I, que colaboraron con la corona con beneficio de su dominio. Ambos respondieron a las cruzadas del siglo XII y perdieron la vida en Tierra Santa. Tal vez por culpa de las dificultades económicas nacidas de tales expediciones, la viuda de Raoul vendió a Coucy-le-Château, a cambio de ciento cuarenta libras, la cédula de libertad que la convirtió en villa franca en 1197.

Tal democratización no era, en realidad, un paso en la firme marcha hacia la libertad, como los historiadores decimonónicos propendían a concebir la crónica humana, sino que se trataba de un subproducto inadvertido de la pasión de los nobles por guerrear. Obligado a pertrechar tanto a sí mismo como a sus dependientes de armas, armaduras y caballos vigorosos, todo lo cual alcanzaba alto precio, el cruzado, si sobrevivía, solía volver a su hogar más pobre que cuando se fue, o dejaba esquilmada su hacienda al partir, ya que ninguna de las cruzadas, salvo la primera, fue triunfal o lucrativa. El único recurso, pues era impensable sacrificar la tierra, estribaba en vender privilegios comunales o en cambiar los trabajos y trabas de la servidumbre por una renta en moneda. La economía en expansión de los siglos XII y XIII, los beneficios del comercio y de lo excedente de la agricultura suministraban a los burgueses y labriegos dinero contante y sonante para adquirir derechos y libertades.

Con Enguerrand III «el Grande», reconstructor del castillo y el *donjon*, reaparecieron los excesos de los Coucys. Como señor desde 1191 a 1242, edificó o remozó fortalezas y baluartes en seis de sus feudos, además del castillo de Coucy, incluido el de Saint-Gobain, casi tan vasto como el solariego. Intervino en la carnicería de la cruzada contra los albigenses y combatió en todas las guerras accesibles para él, incluida una en que, a semejanza de su bisabuelo Thomas, atacó la diócesis de Reims durante una disputa sobre derechos feudales. Se le acusó de saquear tierras, talar árboles, capturar pueblos, forzar las puertas de la catedral, apresar y cubrir de cadenas a su *doyen*, y reducir a los canónigos a la miseria.

El arzobispo de Reims se quejó al papa en 1216 y Enguerrand III fue excomulgado. Se dio la orden de que todos los servicios religiosos de la diócesis se interrumpiesen en cuanto él apareciera. Quien sufría la excomunión no podía recibir los sacramentos y estaba condenado al infierno, a menos que se arrepintiera y fuera absuelto. En los casos importantes sólo el obispo y el pontífice podían retirar la excomunión. Mientras se hallaba en vigencia, se

prescribía que el párroco local pronunciase la condena del pecador en presencia de los feligreses dos o tres veces al año en el nombre del Padre, Hijo, Espíritu Santo, Virgen María y todos los apóstoles y santos, en tanto que las campanas tocaban a muerto, se apagaban las velas y la cruz y el misel se depositaban en el suelo. Se daba por sentado que el culpable quedaba aislado de toda relación social y profesional; pero esta regla implicaba tantos inconvenientes para todo el mundo, que los vecinos apedreaban la casa del excomulgado, o recurrían a cualquier otro medio para que se arrepintiese, o ignoraban el castigo. En el caso de Enguerrand III la cesación de todos los servicios religiosos era una sentencia temible, que incidía sobre la comunidad, y ello supuso su absolución en 1219, una vez hubo hecho penitencia. Mas la experiencia no apagó sus ambiciones seculares; antes bien prosiguió la edificación de la colosal fortaleza que proyectaba su sombra sobre París.

Le apremiaba a acabarla la posibilidad de combatir contra su soberano. Durante la minoridad de Luis IX, el futuro san Luis, Enguerrand III capitaneó una liga de barones opuesta a la corona; incluso hay quien dice que aspiró a ocupar el trono. Llevaba sangre real en sus venas por mediación de su madre, Alix de Dreux, descendiente de Felipe I. Su *donjon*, proyectado para que sobrepasase a la torre real del Louvre, se interpretó como un desafío y de intención. La regente, madre del rey menor, hizo frente con éxito a la amenaza; pero el señor de Coucy siguió siendo digno de tener en cuenta. Acumuló bienes e importancia internacional con sus matrimonios. Su primera y tercera esposas pertenecían a las familias nobles de los alrededores, y aportaron más posesiones en Picardía; la segunda fue Mahaut, hija de Enrique el León, duque de Sajonia, nieta de Enrique II de Inglaterra y de Leonor de Aquitania, sobrina de Ricardo Corazón de León y hermana de Otón de Sajonia, que sería soberano del Sacro Imperio Romanogermánico. La hija de una de esas esposas contrajo matrimonio con Alejandro II de Escocia.

En la construcción de Coucy empleó (así se estima por las marcas de los albañiles) ochocientos obreros, innumerables carretas de bueyes para transportar las piedras de la cantera a la cima de la colina, y otros ochocientos artesanos, tales como carpinteros, techadores, herreros, plomeros, pintores y tallistas de madera. Sobre la entrada del *donjon* se esculpió en bajorrelieve la figura de un caballero desarmado en lucha con un león, símbolo de la bravura caballeresca. Las paredes del castillo y de la torre se decoraron con frisos y guirnaldas de hojas fantásticas, en escala adecuada a la de la estructura. En todas las partes de la ciudadela había chimeneas hundidas en las paredes. Estas chimeneas, tan distintas de los agujeros en el techo, eran un progreso técnico del siglo XI. Como permitían que se caldeasen los aposentos, sacaron a caballeros y damas de la sala común en que todos se reunían para comer y calentarse, y separaron a los señores de los sirvientes. Ningún invento aportó más avances a la comodidad y el refinamiento, aunque a costa de ensanchar el abismo que separaba a las clases sociales.

En un ángulo interior del segundo piso había un cuartito, dotado de chimenea, tal vez un tocador para la señora de Coucy, desde la ventana del cual se veía el valle, en el que acá y allá el campanario de una iglesia pueblerina se destacaba detrás de un grupo de árboles, y se observaba las idas y venidas de la gente en la carretera que se desenroscaba hacia la cima. Salvo esta pequeña habitación, los lugares que ocupaban el señor y su familia se encontraban en la parte del castillo menos accesible desde el exterior.

En 1206 los ciudadanos de Amiens, capital orgullosa y próspera de Picardía, que hacía un siglo que era municipio, adquirió un fragmento de la cabeza de san Juan Bautista. Como digno relicario, decidieron elevar el mayor templo de Francia, «más alto que todos los santos, más alto que todos los monarcas». Hacia 1220, poseyendo los recursos necesarios, la noble bóveda de la catedral crecía sin reposo. En la misma década, Enguerrand III construyó, junto a su *donjon*, una capilla grandiosa y magnífica, más grande que la Sainte Chapelle que san Luis edificó en París pocos años más tarde. Abovedada, dorada y rica en tallas y color, brillaba con vitrales tan espléndidos, que el coleccionista más importante de la centuria siguiente, el duque Juan de Berry, quiso comprarlos por doce mil escudos de oro.

Enguerrand III era ya señor de Saint-Gobain, Assis, Marle, La Fère, Folembray, Montmirail, Oisy, Crèvecœur, La Ferté-Aucoul y La Ferté-Gauche, vizconde de Meaux y castellano de Cambrai. Hacía mucho tiempo (1095) que el rey había recobrado su soberanía sobre el feudo de Coucy de manos de la Iglesia; pertenecía directamente al monarca y su señor rendía homenaje sólo a él. Durante los siglos XII y XIII los Coucys, como el obispo de Laon, acuñaban moneda propia. Si se considera el número de caballeros que los vasallos debían suministrar a demanda del rey, Coucy era entonces la primera baronía sin título del reino y se encontraba en la jerarquía inmediatamente a continuación de los grandes ducados y condados, que, exceptuado el homenaje que habían de prestar al soberano francés, eran de hecho señoríos independientes. Según un documento de 1216, el dominio de Coucy tenía que proporcionar treinta caballeros, en comparación con los treinta y cuatro del duque de Anjou, los treinta y seis del duque de Bretaña y los cuarenta y siete del conde de Flandes.

Enguerrand III se mató en 1242 a la edad de unos sesenta años, cuando, al caer con violencia del caballo, la punta de su espada le atravesó el cuerpo. Su primogénito y sucesor, Raoul II, no tardaría mucho en morir combatiendo en Egipto durante la infausta cruzada de san Luis (1248-1250). Le heredó su hermano Enguerrand IV, especie de Calígula medieval, uno de cuyos crímenes sirvió de catalizador de un avance importante en la justicia social.

Fueron capturados en su bosque tres jóvenes escuderos de Laon, provistos de arcos y flechas, pero no de perros para acosar caza mayor, y Enguerrand IV mandó que los ahorcasen, sin que mediase juicio o proceso de ningún género. Ya no existía la impunidad en aquella clase de asuntos, pues

reinaba Luis IX, soberano cuyo sentido del mando igualaba a su piedad. Ordenó apresar a Enguerrand IV, no por sus pares, sino por *sergents* de la corte, como un criminal vulgar, y le encarceló en el Louvre, si bien, atendiendo a su rango, no se le encadenó.

Citado a juicio en 1256, Enguerrand IV compareció acompañado de los principales pares del reino: el rey de Navarra, el duque de Borgoña y los condes de Bar y Soissons, entre otros, que supusieron con disgusto que sus prerrogativas serían sometidas a prueba. Negándose a que se investigara el caso, porque ofendía a su persona, honor, rango y noble prosapia, Enguerrand solicitó ser juzgado por sus pares y un duelo judicial. A ello se opuso Luis IX con firmeza, diciendo que, en lo que atañía a los pobres, clérigos «y personas que merecen nuestra piedad», sería injusto acceder a una decisión obtenida por medio de las armas. Era costumbre que los plebeyos contratasen un campeón en tales casos; pero el rey santo estimaba que el procedimiento estaba anticuado. En un proceso largo y enconado por las discusiones mandó, contra la resistencia estrepitosa de los nobles, que el señor de Coucy se presentara a juicio. Enguerrand IV fue condenado. El soberano estaba decidido a aplicar la pena capital, pero los pares le persuadieron de que renunciase a ello. Enguerrand hubo de pagar una multa de doce mil libras, una parte de las cuales se destinó a misas por el alma de los ahorcados, y otra parte a Acre para ayudar a la defensa de Tierra Santa. Se había establecido un precedente legal, que se citaría más tarde como prueba durante la canonización del rey.

Las riquezas de Coucy devolvieron a Enguerrand IV el favor del monarca. Prestó a Luis quince mil libras en 1265 para comprar lo que se tenía por la verdadera cruz. Por lo demás continuó su carrera de atrocidades hasta entrada el siglo siguiente. Falleció en 1311 a la avanzada edad de setenta y cinco años, sin descendencia, pero no sin legado. Dejó veinte *sous*—o sea, una libra—anuales a perpetuidad a la leprosería de Coucy-la-Ville, para que los internos «recen por nos cada año en la capilla por nuestros pecados». Veinte *sous* de entonces eran la paga diaria de un caballero o de cuatro arqueros, o del alquiler de un carro y dos caballos durante veinte días, o, en teoría, el salario de un labrador contratado durante dos años. Por lo tanto, encargó una cantidad razonable de plegarias, aunque quizá no fuese adecuada para la salvación de su alma.

Cuando Enguerrand IV, a quien nadie echó de menos, aunque casado dos veces, murió sin herederos, todos sus derechos y bienes pasaron a los descendientes de su hermana Alix, que había contraído matrimonio con el conde de Guînes. El primogénito obtuvo las haciendas y el título de Guînes, y el segundón, Enguerrand V, los de Coucy. Educado en la corte de Alejandro de Escocia, tío suyo por matrimonio, casó con Catherine Lindsay de Baliol, sobrina del rey, y disfrutó del señorío sólo diez años. Le siguieron en rápida sucesión su hijo Guillaume y su nieto Enguerrand VI, que heredó el dominio en 1335. Éste engendraría cinco años más tarde a Enguerrand VII, último de

los Coucys y protagonista de este libro. Por medio de enlaces matrimoniales con familias poderosas de la Francia septentrional y Flandes, los Coucys habían continuado urdiendo alianzas fuertes e influyentes, y adquirido en el proceso tierras, rentas y una galaxia de elementos heráldicos. Podían exhibir hasta doce escudos de armas: Boisgency, Hainault, Dreux, Sajonia, Montmirail, Roucy, Baliol, Ponthieu, Châtillon, Saint-Pol, Gúeldres y Flandes.

Los Coucys tenían una noción de su importancia que no admitía sombra y administraban sus asuntos como si fueran príncipes soberanos. Reunían tribunales de justicia al estilo real y organizaban el servicio de su casa con los mismos cargos que la del rey: un condestable, un gran despensero, un jefe de halconeros y cazadores, un jefe de establos, un jefe de bosques y aguas, y jefes o intendentes de cocina, panadería, bodega, frutas (incluidas las especias, antorchas y bujías) y de ajuar (inclusively los tapices y los alojamientos durante los viajes). Los grandes señores como él acostumbraban emplear de manera permanente uno o más médicos, barberos, sacerdotes, pintores, músicos, trovadores, secretarios y amanuenses, un astrólogo, un bufón y un enano, además de los escuderos y pajes. Un vasallo importante regía la finca con el título de *châtelain* o *garde du château*. En Coucy cincuenta caballeros, con sus escuderos, auxiliares y criados, constituían una guarnición estable de quinientos hombres.

El esplendor y el boato visibles equivalían a una afirmación de la categoría social, y exigían cuantiosa servidumbre vestida con la librea del señor, fiestas espectaculares, torneos, cacerías, diversiones y sobre todo gran generosidad en regalos y gastos que, como sus subalternos vivían de ello, se loaba como el atributo más admirable del noble.

Se pertenecía a la nobleza por nacimiento y linaje, pero había de confirmarse tal pertenencia «viviendo noblemente», es decir, con el manejo de la espada. Se era, pues, noble desde la cuna y, a través de los abuelos, desde el primer jinete armado. En la práctica, la regla estaba expuesta a la ósmosis y al estado fluido e inconcluyente. El único criterio seguro era la función: el ejercicio de las armas. Se trataba de la misión del segundo estamento de los tres que Dios había establecido, y a cada uno de los cuales correspondía una tarea para el bien del conjunto. El clero debía rezar por la humanidad, los caballeros habían de luchar por ella y los plebeyos tenían que trabajar para que todos pudieran comer.

Estando más cerca de Dios, el clero venía en primer lugar. Se dividía en enclaustrado y secular, nombre este último que denotaba a aquellos cuya actividad se desarrollaba entre los seglares. Presidían a unos y otros los preladados: abades, obispos y arzobispos, que equivalían a los *grands seigneurs* laicos. Entre ellos y los sacerdotes, pobres y semieducados, que comían mal y sufrían apuros económicos, poco había en común. El tercer estamento era aún menos homogéneo, distribuido en patronos y trabajadores, y consistente en desde los grandes magnates urbanos, abogados y médicos a los artesanos ca-

lificados, jornaleros y labriegos. Sin embargo, la nobleza se obstinaba en meter a todos los plebeyos en el mismo saco, como si fueran de una casta común. «De las buenas ciudades, los mercaderes y trabajadores», escribió un cortesano del último duque de Borgoña, «no se requiere larga descripción, pues, entre otras cosas, esa clase no es sujeto de destacados atributos a causa de su condición servil».

En teoría, la finalidad de la nobleza no era pelear por placer, sino en defensa de los otros dos estamentos y para conservar el orden y la justicia. Se suponía que debía proteger al pueblo de la opresión, combatir la tiranía y fomentar la virtud, es decir, las cualidades más excelsas de los humanos, de lo que era incapaz el campesino ignorante y enlodado, según el punto de vista de sus hermanos cristianos.

Dada su condición de protector, el aristócrata estaba exento de los impuestos directos de capitación o fogaje, pero no de los que gravaban las ventas. Sin embargo, éstos pesaban en proporción más sobre el pobre que sobre el rico. Se pensaba que el pago de tributos era innoble. El brazo armado del caballero prestaba servicio al Estado, de la misma suerte que el clero lo hacía con sus oraciones, y ello los libraba del fogaje. La justificación de los nobles residía en que «exponían sus cuerpos y sus bienes en la guerra», aunque en la práctica las reglas resultaban tan mutables y difusas como nubes en un día ventoso. La situación del clero en cuanto a los impuestos, llegado el caso en que se hubiera menester dinero para la defensa del reino, se hallaba sometida a polémicas crónicas y enardecidas.

La tributación, como la usura, descansaba en principios tan indefinidos y complicados por adiciones, exenciones y arreglos *ad hoc*, que resultaba imposible que la hacienda real contase con una cantidad fija de ingresos. El principio básico era que el rey tenía que «vivir de sus propios medios» en circunstancias ordinarias; mas, como sus rentas pudieran no bastar para la defensa del reino, o para otros propósitos gubernamentales, podía imponer tributos a sus súbditos para lograr, como santo Tomás de Aquino formuló con tanta precisión, «atender al bien común con los bienes comunes». Esta obligación se derivaba del principio, más radical, de que «Dios instituyó a los príncipes no para que buscaran su provecho individual, sino en beneficio del bien común del pueblo».

La persona de cuna aristocrática se apegaba a la espada como cédula de identidad, no sólo para librarse de los impuestos, sino también por propia estimación. Un caballero, en una *chanson de geste* del siglo XIII insistía: «Ninguno de nuestros padres murió en casa; todos perecieron por el acero frío de la batalla».

El caballo era el atributo del noble, la montura que le elevaba sobre los hombres. La palabra caballero significa «jinete» en casi todos los idiomas occidentales. «Un hombre valiente a lomos de un buen corcel», se decía, «logra más en una hora de combate que diez o acaso un centenar de infantes». El

destrier, o bridón, se criaba para que fuese «vigoroso, activo, veloz y fiel», y sólo se montaba en la batalla. En los viajes, el caballero iba en su palafrén, de buena sangre, pero más manso, mientras su escudero llevaba al *destrier* de la brida con la mano derecha (de ahí su nombre, del latín *dexter*). Se consideraba que, en el cumplimiento del servicio bélico, caballo y caballero eran inseparables; sin montura, el caballero era simplemente un hombre.

La lucha representaba su sublimación. «Si tuviera un pie en el paraíso», exclama Garin li Loherains, el héroe de una *chanson de geste*, «lo retiraría para ir a pelear». El trovador Bertrand de Born, de noble estirpe, fue más explícito:

*Mi corazón se hincha de gozo cuando veo
fuertes castillos cercados, estacadas rotas y vencidas,
numerosos vasallos derribados,
caballos de muertos y heridos vagando al azar.
Y cuando las huestes choquen, los hombres de buen linaje
piensan sólo en hender cabezas y brazos,
pues mejor es morir que vivir derrotado...
Os digo que no conozco mayor alegría que cuando oigo gritar
«¡Sus! ¡Sus!» en ambos bandos, y el relincho de corceles sin jinete,
y quejidos de «¡Favor! ¡Favor!»
¡y cuando veo a grandes y pequeños
caer en zanjas y sobre la hierba,
y veo a los muertos atravesados por las lanzas!
Señores, ¡hipotecad vuestros dominios, castillos y ciudades,
pero jamás renunciéis a la guerra!*

Dante retrató a Bertrand en el *Infierno*, llevando ante sí, como linterna, su cabeza cortada.

La propiedad de las tierras y las rentas daban al noble el derecho de ejercer su autoridad sobre todos los de sangre distinta en su territorio, menos sobre el clero y los comerciantes de las ciudades libres. La del *grand seigneur* abarcaba la «justicia alta», o poder de vida y muerte, y la de los caballeros de menor entidad se limitaban a encarcelar, azotar y otros castigos de «justicia baja». Como base y justificación de ello tenía la obligación de proteger, incluida en su juramento a sus vasallos, que le comprometía—sólo en teoría—con ellos tanto como el de ellos con él, y que sólo tenía fuerza «mientras el señor respete su juramento». La estructura política medieval era idealmente un contrato de servicio y lealtad a cambio de protección, justicia y orden. El labrador debía productos y trabajo, y el señor, servicio a su superior o monarca, consejo durante la paz y apoyo armado durante la guerra. La tierra en todos los casos era lo que se tomaba en consideración, y el juramento de homenaje, pronunciado y aceptado, sellaba la unión de las dos partes, incluidos los reyes.

No todos los nobles eran *grands seigneurs* como los Coucys. El caballero de rango inferior, dueño de una casa solariega y de un rocín huesudo, compartía el mismo culto, pero no los mismos intereses que el señor territorial. El número total de los miembros de la nobleza francesa se cifraba en unos doscientos mil, distribuidos entre cuarenta mil y cincuenta mil familias, lo que representaba algo más del uno por ciento de la población. Iban desde los grandes duques, con rentas de más de diez mil libras, pasando por el dueño de un castillo sin importancia, con un par de caballeros como vasallos e ingresos inferiores a quinientas libras, hasta el caballero pobre, en el último peldaño de la jerarquía, que sólo tenía poder sobre los hombres de condición servil, y el feudo del cual era una casa y unos cuantos campos equivalentes a la propiedad de un campesino. Tal vez tuviera veinticinco libras, o menos, de renta, con las que había de mantener a su familia y servidores, y el armamento con el que se ganaba el pan. Vivía de su caballo y armas, dependiente de la generosidad de su señor o de cualquiera que reclamase sus servicios.

Los escuderos pertenecían a la nobleza por nacimiento, prescindiendo de que logaran o no el cinturón y las espuelas de caballero; pero se investigaba a menudo qué otras funciones podían llevar a cabo los aristócratas sin menoscabar su nobleza. Por ejemplo, ¿podían vender el vino obtenido de sus viñedos? La cuestión era delicada, porque los reyes vendían regularmente el suyo. En 1393, en un caso en que se pretendió ventilar este problema, una ordenanza regia declaró de modo más bien ambiguo: «No conviene al noble convertirse en mesonero». Según otra sentencia, se podía adquirir autorización para comerciar sin perder la nobleza. Personas de alta alcurnia «viven y han vivido durante largo tiempo como mercaderes vendiendo tela, cereales, vino y otras clases de mercancías, o como traficantes, peleteros, zapateros o sastres»; pero estas actividades debieron de desposeerles de los privilegios de la nobleza.

Honoré Bonet, clérigo del siglo XIV, que intentó en su *Árbol de batallas* la hazaña de exponer los códigos de conducta militar existentes, aclaró el quid del problema. El motivo de que se prohibiera la actividad comercial, escribió, era asegurarse de que el caballero «no se sentirá impelido a renunciar al ejercicio de las armas por el deseo de acopiar riquezas mundanales».

Precisar su situación interesaba a los de cuna distinguida tanto más cuanto que su categoría empezaba a diluirse con el ennoblecimiento de gentes ajenas a su casta. La corona había descubierto una lucrativa fuente de ingresos, análoga a la concesión de libertades a las ciudades, en la cesión de feudos a los plebeyos, que pagaban el honor con mano abierta. Los ennoblecidos eran hombres ricos que satisfacían las necesidades del soberano, o abogados y notarios que habían empezado por asistirle en varios aspectos de la administración financiera y de la justicia, y poco a poco, a medida que se complicó la tarea de gobernar, crearon un grupo de funcionarios profesionales y ministros. Formaron la *noblesse de la robe* (nobleza de la toga), nombre

con que se los distinguía de la nobleza de la espada. Ésta los despreciaba como advenedizos, resentida de que hubiesen usurpado su derecho a aconsejar, bien que, en realidad, tenía bastante culpa en haberlo perdido.

En consecuencia, el escudo heráldico—signo exterior de linaje indicativo del derecho a llevar armas, que, concedido a una familia, nadie más podía exhibir—se transformó casi en objeto de culto. Se exigía su presentación en los torneos como prueba fehaciente de nobleza; en algunos se requerían cuatro. Al paso que crecía la penetración de los plebeyos, aumentaba la jactancia aristocrática, hasta el punto de que, a mediados del siglo xv, un caballero entró cabalgando en la liza seguido de una comitiva de labriegos portadores de no menos de treinta y dos blasones.

A consecuencia de su desaparición por falta de descendencia masculina, o de hundirse en las clases inferiores, y del flujo constante de personas ennoblecidas, la aristocracia se hallaba sometida a mudanza, a pesar de que su *status* se había fijado como un orden imprescindible para la sociedad. El ritmo de desaparición de las familias nobles se ha estimado en un cincuenta por ciento en un siglo, y el promedio de duración de un linaje entre tres o seis generaciones, o sea, un período de cien a doscientos años. Ejemplo de este proceso se tiene en la familia Clusel, que poseía un feudo reducido en el valle del Loira. La encabezaba en 1276 un caballero de recursos tan limitados, que hubo de rebajarse a la infamante tarea de labrar personalmente sus campos y trabajar en el molino. De tres nietos suyos, que figuran en los archivos locales, uno era aún escudero, otro se había hecho párroco y el tercero cobraba impuestos en nombre del señor de la comarca. Al cabo de ochenta y cinco años, ningún miembro de la estirpe era citado ya como noble. La familia de un escudero, Guichard Vert, que murió joven en 1287, estaba al borde del precipicio. Guichard dejó dos camas, tres mantas, cuatro sábanas, dos alfombrillas, una mesa, tres bancos, cinco cofres, dos jamones y una anca de cerdo en la despensa, cinco barriles vacíos en la bodega, un tablero de ajedrez y un yelmo y una lanza, pero no espada. Aun cuando no tenía dinero líquido, legó doscientas libras a su mujer, pagaderas en diez plazos de sus rentas de unas sesenta libras anuales, y otra manda para fundar una capilla en beneficio de su alma. Destinó regalos de telas a sus amigos y los pobres, perdonó dos años de diezmos a sus renteros, muchos de los cuales le debían atrasos. Una familia por el estilo, la condición de la cual apenas se distinguía de la de un plebeyo, se esforzaba en conservar sus relaciones y vínculos con la nobleza, enviaba a sus hijos a que sirviesen como escuderos, con el propósito de que lograsen dádivas y pensiones, o los hacía entrar en la Iglesia, con la esperanza de que encontraran uno de los muchos caminos que en ella llevaban a la riqueza.

Un caballero en declive podía cruzarse con un labriego emprendedor y en ascenso. Habiendo comprado o heredado su libertad, el campesino próspero compraba tierras y concedía arriendos, gradualmente dejaba el trabajo físico a sus servidores, adquiría un feudo de un señor o de la Iglesia, aprendía el ma-

nejo de las armas, casaba a su hija con un escudero en apuros y se asimilaba despacio hasta aparecer en los documentos como *domicellus*, o escudero. El intendente de un señor tenía más ocasiones de enriquecerse y, si había sabido hacerse imprescindible, recibía con frecuencia la recompensa de un feudo, con vasallos y rentas, y quizá también una casa fortificada. Empezaba a vestir como un noble, llevar espada, tener jauría y halcones, y montar un caballo de guerra con escudo y lanza. Nada irritaba más a la nobleza hereditaria que los advenedizos imitaran sus ropas y costumbres, porque se borraba así las líneas de separación de los órdenes eternos de la sociedad. El lujo en la indumentaria se tenía por prerrogativa de la aristocracia, identificable gracias a modas vedadas a los demás. Con el fin de trocar este principio en regla inquebrantable, e impedir «el ultrajante y excesivo aparato de varias gentes contrario a su situación y categoría», se anunciaron repetidas veces leyes suntuarias destinadas a fijar la clase de telas que la gente debía usar y cuánto podía gastar.

Proclamadas por pregoneros en calles y asambleas públicas, se señalaron, para cada condición social y nivel de ingresos, las gradaciones exactas de tela, color, adornos de piel, ornamentos y joyas. Se prohibió a los burgueses la posesión de vehículos o el uso del armiño, y a los labradores cualquier color que no fuera el negro o pardo. Florencia permitió que los médicos y magistrados compartieran el armiño con los nobles, pero vetó que las mujeres de los comerciantes llevaran vestidos multicolores, rayados y listados, brocados, terciopelos floreados y tejidos bordados con plata y oro. En Francia, los señores territoriales y sus esposas, con rentas superiores a las seis mil libras, podían encargar cuatro indumentarias al año, y los caballeros y los nobles con derecho a bandera, cuyos ingresos fuesen de tres mil, hacerse anualmente tres, uno de verano. Los muchachos sólo merecían uno, y a la *demoiselle* que no fuera *châtelaine* de un castillo, o que no poseyera dos mil libras de renta, se la constreñía a uno anual. En Inglaterra, según una ley de 1363, un mercader con mil libras esterlinas tenía derecho a la misma indumentaria que un caballero con quinientas, y uno con doscientas a la misma que un noble con cien. En este caso, la riqueza doble igualaba a la nobleza. Se efectuaron también intentos para reglamentar cuántos platos debían servirse en las comidas, qué vestidos y lienzos formarían el ajuar de una novia, y cuántos músicos intervendrían en una boda. La pasión de precisar y estabilizar la identidad social obligó a las prostitutas a llevar vestidos con franjas o vueltos del revés.

Eran severamente censurados los sirvientes que imitaban el calzado de puntas interminables y las mangas colgantes de sus señores, mucho más por sus pretensiones que porque las metían en las salsas al servir la mesa y porque sus ribetes adornados con pieles se arrastraban por el suelo sucio. «Había tanto atrevimiento entre los plebeyos», escribió el cronista inglés Henry Knighton, «en rivalizar con su prójimo en indumento y adornos, que a duras penas se distinguía al pobre del rico, al criado del amo, o al sacerdote de los restantes hombres».

Los gastos del vulgo apenaban a los nobles sobre todo porque beneficiaban a los mercaderes más que a ellos. El clero interpretaba aquel dinero como una pérdida para la Iglesia, y condenó los dispendios apoyándose en que la prodigalidad y el lujo eran malos en sí, y perjudiciales para la virtud. En general, las leyes suntuarias se defendieron como el medio de dominar la extravagancia y promover la economía, con la persuasión de que, si la gente ahorra sus caudales, el rey los obtendría cuando los necesitase. Nadie tuvo la ocurrencia de que el gasto representa un estímulo desde el punto de vista económico.

Las leyes suntuarias resultaron inaplicables; las prerrogativas de acicalarse, como la de consumir alcohol varios siglos después, desafiaron la prohibición. Los alguaciles florentinos abordaron a las mujeres en la calle para examinar sus vestidos y entraron en las casas para registrar los roperos, con resultados con frecuencia espectaculares: tela de seda blanca jaspeada y bordada con pámpanos y uvas encarnadas, una jaqueta con rosas blancas y rojas sobre fondo amarillo pálido, y otra de «pañó azul con lirios blancos, y estrellas y brújulas blancas y encarnadas, y con franjas transversales blancas y amarillas, forradas de paño rojo con bandas», como si el propietario tratara de comprobar hasta dónde podía llegar en su osadía.

Los *grands seigneurs*, dueños de múltiples feudos y castillos, no tenían dificultad en singularizarse. Sus sobrevestes recamadas en oro, capas de terciopelo forradas de armiño, jubones acuchillados y divididos en colores simétricamente opuestos, con el blasón de la familia y versos, o las iniciales de su dama, bordados; sus mangas colgantes, festoneadas y de forros coloreados, y zapatos de largas puntas de cordobán encarnado; sus anillos, guantes de gamuza y cinturones de los que colgaban campanillas y cascabeles, y sus innumerables gorros—boinas hinchadas, gorras de piel, capirotes, birretes, coronas de flores, turbantes y tocados de todo género y forma, abultados, plisados, festoneados o torcidos en una bolsa alargada—eran inimitables.

Francia se consideraba excepcional al principio del siglo xiv. Su superioridad en caballería, ciencia y devoción cristiana se daba por descontada, y su monarca, como campeón tradicional de la Iglesia, recibió el título de «rey cristianísimo». Los habitantes de su reino se tenían por elegidos del favor divino: por medio de ellos Dios expresaba su voluntad en la tierra. La obra clásica francesa de la primera cruzada se titulaba *Gesta Dei per Francos* (Hazañas de Dios hechas por los franceses). Se confirmó la predilección celestial cuando, en 1297, alrededor de un cuarto de siglo después de su muerte, el rey de Francia, Luis IX, dos veces cruzado, fue canonizado.

«El renombre de los caballeros franceses domina el mundo», afirmaría Giraldus Cambrensis en el siglo xii. Francia era el país de «la caballería bien criada», al que los rudos aristócratas alemanes iban a aprender buenas maneras y distinción en las cortes de los príncipes, y en el que caballeros y sobe-

ranos de toda Europa se reunían en el palacio real para disfrutar de justas, fiestas y devaneos amorosos. Residir en él, según el monarca ciego Juan de Bohemia, facilitaba «la estancia más caballeresca del mundo». Los franceses, tal como los describe el famoso caballero español don Pero Niño, se muestran «liberales y grandes donadores de presentes». Saben honrar a los extranjeros, elogian los hechos preclaros, son corteses y de habla graciosa y «muy alegres, entregándose el placer y buscándolo. Tanto los hombres como las mujeres se enamoran con facilidad, y se enorgullecen de ello».

Como fruto de las conquistas normandas y las cruzadas, el francés era la segunda lengua de la aristocracia en Inglaterra, Flandes y el reino de Nápoles y Sicilia. Los magnates flamencos lo empleaban como idioma comercial, lo mismo que los tribunales de justicia de los restos del reino de Jerusalén, los eruditos y los poetas de otras tierras. Marco Polo dictó el relato de sus viajes en ese lenguaje san Francisco cantaba canciones francesas y los trovadores foráneos moldeaban sus relatos de aventuras según las *chansons de geste* galas. Un docto veneciano vertió una crónica latina de su ciudad en francés en vez de en italiano, y explicó su elección fundándose en que «la lengua francesa es corriente por doquier y más sabrosa de oír y leer que cualquiera otra».

El estilo de las catedrales góticas se llamó «francés»; se invitó a un arquitecto de Francia a que proyectara el puente de Londres; Venecia importaba muñecas francesas vestidas a la última moda para estar enterada de ella; y marfiles franceses, exquisitamente tallados, fácilmente transportables, llegaron a los confines del orbe cristiano. Por encima de todo, la Universidad de París encumbró el nombre de la capital francesa, y aventajó a las demás por la fama de sus profesores y el prestigio de sus filósofos y teólogos, cuyos estudios comenzaban a petrificarse en las rígidas doctrinas del escolasticismo. Su facultad, al empezar el siglo XIV, tenía más de quinientos y sus estudiantes, llegados de todos los países, eran demasiado numerosos para ser contados. Era el imán de las mentes más grandes: Tomás de Aquino de Italia enseñó en ella en el siglo XIII, lo mismo que su maestro el alemán Alberto Magno, su contrario en filosofía el escocés Duns Escoto, y en el siguiente, los grandes pensadores políticos Marsilio de Padua y el franciscano inglés Guillermo de Ockham. Por su universidad, París era la «Atenas de Europa»; se decía que la diosa de la Sabiduría la había convertido en su hogar, tras su salida de Grecia y Roma.

Su carta de privilegios, que databa de 1200, era el mayor orgullo de la universidad. Exenta de la intervención civil, se mostraba igualmente altiva con la autoridad eclesiástica, y siempre andaba a la greña con el obispo y el papa. «Vosotros, los maestros parisienses, sentados en vuestras cátedras, creéis por lo visto que el mundo debiera regirse por vuestros razonamientos», tronó el legado pontificio Benito Caetani, que pronto se convertiría en el papa Bonifacio VIII. Y les recordó: «El mundo ha sido confiado a nosotros, no a vosotros». La universidad, sin dar su brazo a torcer, se consideró tan definidora en

teología como el sumo pontífice, aunque concedió al vicario de Cristo una importancia igual a la suya como «las dos luces del orbe».

En este privilegiado país de Occidente, el legado de los Coucys era, en 1335, tan rico como antiguo. Regada por el Ailette, la tierra de la estirpe merecía el nombre de *vallée d'or* (valle de oro) por su madera, viñedos y cereales, y la profusión de peces en las corrientes de agua. El magnífico bosque de Saint-Gobain cubría más de doscientas ochenta y tres hectáreas de añosos robles, hayas, fresnos, abedules, sauces, alisos, álamos temblones, cornejos y pinos. Albergaba venados, lobos, jabalíes, grullas y toda especie de aves, y era, por lo tanto, un paraíso para el cazador. Los impuestos, rentas de tierras y obligaciones feudales de varios géneros, convertidos cada vez más en dinero, los pontazgos y pagos por la utilización del molino, lagar y hornos de panificación del señor, significarían ingresos anuales, en un dominio como el de Coucy, de cinco mil a seis mil libras.

Cuanto había formado el feudo desde la época de los troncos de Codiciacum quedaba simbolizado en la gran plataforma de piedra, frontera a la puerta del castillo, a la que los vasallos iban a rendir cuentas y homenaje. Dicha plataforma descansaba en tres leones yacentes. Uno devoraba un niño y otro un perro, y el intermedio estaba quieto. Encima se hallaba sentado otro con toda la majestad que el escultor fue capaz de infundirle. Tres veces al año—Pascua, Pentecostés y Navidad—el abad de Nogent o su representante acudía a prestar homenaje por la tierra que Aubry de Coucy había concedido a los monjes. El ritual de la ceremonia era tan refinado y abstruso como el de la coronación del soberano en Reims.

Montado en un corcel bayo (o, según otra versión, palomilla), de orejas y cola cortadas, y con un arnés de arado, el delegado del abad llevaba un látigo, un saco de trigo de sementera y una cesta con ciento veinte *rissoles*. Éstos eran pastas, en forma de cuarto lunar, de harina de centeno, rellenos de carne picada y guisada en aceite. Le seguía un perro, también desorejado y rabón, y con un *rissole* atado al cuello. El representante daba tres vueltas alrededor de la cruz de piedra que había en el acceso al patio, chascando el látigo en cada una de ellas, desmontaba y se arrodillaba ante la plataforma de los leones. Si los pormenores del equipo y de la ejecución eran los debidos, se le permitía continuar. Subía a la plataforma, besaba al león y entregaba los *rissoles*, doce panes y tres porciones de vino como pleitesía. El señor de Coucy tomaba un tercio de las ofrendas, distribuía el resto entre los intendentes y magistrados de la ciudad presentes, y estampaba en el documento de homenaje un sello que representaba a un abad mitrado con patas caprinas.

Pagana, bárbara, feudal y cristiana por el cúmulo del oscuro pasado, así era la sociedad medieval... y los múltiples estratos componentes del hombre occidental.